

LIBROS



PEDRO BERRUGUETE, *Santo Domingo y los albigenses*.

ILUSTRACIÓN DEL *Salterio*
de *Canterbury*, s. XIII.

¿En qué creen los que no creen?

Esther Cohen, quien hizo la traducción del libro *¿En qué creen los que no creen?* inicia el prólogo preguntando si a los hombres y mujeres de fines de siglo, al borde de un nuevo milenio, dicen todavía algo estas palabras de Dostoievski: "Todos somos responsables de todo y de todos, y yo más que los otros".

Como sucedió en la última parte del primer milenio, al concluirse el segundo también se avivaron inquietudes y obsesiones por la posible proximidad del fin de los tiempos. Avanzamos en el tercer milenio y las preocupaciones principales del milenarismo no dejan de ser las nuestras ante posibles catástrofes que penden de un hilo como la atómica y otras que casi sin excepción dependen de la decisión humana y, por ello, nos obligan a pensar en los valores fundantes de nuestro mundo contemporáneo.

Sobre estas cuestiones capitales discuten un cardenal de la Iglesia católica y un intelectual de indudable reconocimiento en la cultura laica de nuestros días. Cuatro son los puntos que discuten Carlo Maria Martini y Umberto Eco: la visión del apocalipsis moderno en la perspectiva laica y en la cristiana; los

inicios de la vida humana según la tradición teológica y el sentido común ante el desafío tecnológico; las limitaciones impuestas a las mujeres en la Iglesia católica y el tema de la fe que, siendo un enredo ético para el pensador laico, es también pesada gracia para el creyente. Este último es el asunto que domina en el coloquio trimestral propiciado por la revista italiana *Liberal*, en el cual se analiza cómo es y cómo no es ésta, tanto para quien cree poseerla, como para quien no la encuentra en la religión, para quien la busca en el rostro del "otro", como también para quien no cree.

El interés que suscitan las cuestiones tratadas en este diálogo sigue siendo considerable y se nota no sólo en trabajos de las disciplinas humanísticas sino en los campos de aquellas científicas que parecían ajenas a estas preocupaciones y, también, en frecuentes discusiones de índole seria. Nos apremia discernir un fundamento ético, religioso o no, que sea el sustento de nuestro comportamiento en los días que vivimos. Tanto Carlo Maria Martini como Umberto Eco nos hablan de sus cimientos de vida y, si en gran parte coinciden en sus consecuencias, no tienen ciertamente la

misma fuente. Ambos participantes en el diálogo nos presentan de manera muy clara la impostergable necesidad de aceptar en nuestros días la *diferencia*, lo *otro* como la compañía en la convivencia. Nuestra única posibilidad de existencia es la con-vivencia que, para ser tal, se opone al individualismo y a la negación de los otros. Sólo salvando la diferencia podremos superar el *homo hominis lupus* y podremos convivir no sólo entre humanos sino también con lo que nos circunda. Un distinguido compatriota nuestro decía hace ya más de un siglo que "el respeto al derecho ajeno es la paz"; nuestros lectores se preguntarán sobre los motivos del derecho ajeno en circunstancias en las que la realidad cotidiana nos muestra no sólo el desprecio y la prepotencia sobre lo ajeno y diferente, sino también que podemos constatar varias explicaciones de este respeto; de ahí que la pregunta central gire en torno a la posibilidad de pensar en un terreno ético común para laicos y católicos. El cardenal de Milán, sin apelar a su investidura eclesiástica, reproponer la ética que se funda en un designio divino, es la ética del creyente. ¿Cómo es posible, se pregunta, que se pueda llevar hasta sus últimas consecuencias un "ideal ético" sin contar con el respaldo de la presencia absoluta, sin creer en Dios? Eco plantea, en cambio, una ética que llama "natural", que no procura la bienaventuranza celestial sino que, en una visión semejante pero también diferente a la agustiniana de la historia, se construye en pos de un futuro respecto al cual estamos y estaremos siempre en deuda. La ética de Eco tiene presentes a los hombres como él, hombres diferentes y también a los hombres por-venir.

Martini y Eco son hombres de esperanza, pero no de la misma. Para muchos, la del primero nos es conocida desde los primeros pasos bajo la tutela de nuestros progenitores y continuada después en las sesiones de catequesis; la del segundo es "otra", es una esperanza laica, que habla del respeto primario a la corporalidad y al otro como condiciones para poder dar rumbo a la historia. Esta es la importancia del libro. En tiempos posmodernos es oportuno considerar los aspectos principales de esta postura para salir del sopor del inmediatez motivado por el descrédito de los relatos y para persuadirnos de que el futuro depende principalmente de nosotros, como individuos y como colectividad con actitudes incluyentes y de tolerancia. "Pienso que un milenarismo desesperado —dice Eco— existe siempre que el fin de los tiempos se vea como inevitable, y cuando cualquier esperanza ceda su lugar a una celebración del final de la historia o al llamado a un retorno a una tradición intemporal y arcaica, que ningún acto de voluntad y ninguna reflexión, no digo racional, sino razonable, podrá jamás enriquecer". Sabemos que de circunstancias como estas han nacido varias doctrinas para las que sólo sus adeptos podrán triunfar, por eso, continúa Eco, "Sólo teniendo un sentido de la dirección de la historia —aun para quien no cree en la parusía— se puede amar las realidades terrenales y creer —con caridad— que existe aún un lugar para la esperanza". Para Martini, en cambio, "la historia se ha visto cada vez más claramente como un proceso hacia la meta fuera de ella misma y no inmanente a ella" y para alcanzarla los acontecimientos contingentes de este

mundo "son el lugar ético en el que se decide el futuro metahistórico de la aventura humana". Martini concluye la cuestión del apocalipsis diciendo que "para que un pensamiento del final nos obligue a estar atentos al futuro y comprender de nuevo el pasado de manera crítica, es necesario que este final sea 'un fin', que tenga el carácter de un valor final decisivo, capaz de iluminar los esfuerzos del presente y darles significado".

Ante la cuestión ¿cuándo comienza la vida? Eco inicia haciendo una distinción: "que un laico no crea en la presencia real y un católico obviamente sí, no constituye una causa de incompreensión sino de un mutuo respeto por las respectivas creencias. El punto crítico está ahí donde, a partir del desacuerdo, pueden surgir choques e incompreensiones más profundos, que se traducen en el plano político y social". Uno de esos puntos críticos es el reclamo al valor de la vida ante la legislación sobre el aborto. A este propósito Eco expresa: "no me ha sucedido jamás aconsejarle el aborto o aceptar su voluntad de abortar a una mujer que se declara embarazada a causa de mi colaboración. [...] considero que el nacimiento de un niño es una cosa maravillosa, un milagro natural que se debe aceptar. Y, sin embargo, no me sentiría capaz de imponer mi posición ética (esta disposición pasional mía, esta persuasión intelectual mía) a cualquiera". Eco concluye esta cuestión diciendo que "definir qué es y dónde comienza la vida, es una pregunta que nos llevaría nuestra vida entera". Martini, con un distinguible tono de magisterio, advierte por su parte que "el valor supremo en este mundo es el hombre viviente de la vida divina".

El coloquio llega a su parte culminante con la cuarta cuestión, que es iniciada por Martini con la pregunta que había dejado pendiente en el apartado precedente y que se refiere al fundamento último de la ética para un laico, en el cuadro de lo posmoderno: "¿qué razones da de su actuar quien pretende afirmar y profesar principios morales, que pueden requerir incluso el sacrificio de la vida, pero no reconoce un Dios personal?". Martini acepta que también una ética laica reconoce normas y valores para la recta convivencia humana, pues así nacen mu-

chas legislaciones modernas; pero también dice: "para que la fundación de estos valores no sea confusa e incierta, [...] es necesario un fundamento que no esté ligado a ningún principio mutable o negociable". Martini considera insuficiente un fundamento puramente humanista y señala que todas las religiones plantean, aunque con modalidades diversas —señalamiento problemático— un misterio trascendente como fundamento de un actuar moral. Decimos que es un señalamiento problemático porque la dificultad queda expuesta en la cita que enseguida hace de un renombrado teólogo en apoyo de la fundamentación inequívoca de la ética:

La religión puede fundar de manera inequívoca porque la moral, las normas y los valores éticos deben vincular *incondicionalmente* (y no sólo cuando les conviene) y, por lo tanto, *universalmente* (para todas las castas, clases y razas). Lo humano se conserva justo en cuanto se considera fundado sobre lo divino. Es claro que sólo lo incondicionado puede obligar de manera absoluta, sólo lo absoluto puede vincular de manera absoluta. (Hans Küng, *Proyecto per un' etica mondiale*, Milán, Rizzoli, 1991, p.116)

En esta perspectiva, Martini pregunta si es posible un diálogo sobre temas éticos en la relación entre creyentes y no creyentes, en particular entre católicos y laicos. Dice:

Me parece[...] que, sin el ejemplo y la palabra de Jesucristo, que desde la cruz ha perdonado a sus crucificadores, también las tradiciones religiosas se encuentran en dificultades sobre este punto. ¿Qué decir entonces de una ética laica? [...] Me cuesta trabajo ver cómo una existencia inspirada por estas normas (altruismo, sinceridad, justicia, solidaridad, perdón) puede sostenerse por mucho tiempo y en toda circunstancia si el valor absoluto de la norma moral no está fundado en principios metafísicos o sobre un Dios personal. [...] Es obvio que el llamado a la dignidad humana es un principio que funda un sentir y un obrar común: no usar jamás al otro como instrumento, respetar en todo caso y siempre su inviolabilidad, considerar siempre a cada persona como una realidad de la que no se puede disponer e intangible. Sin embargo, incluso aquí, en un cierto momento, uno se pregunta cuál es la justificación última de estos principios.

Eco responde diciendo que cuando entra en escena el otro, nace la ética. Informa que su "perspectiva laica no fue una herencia absorbida pasivamente, sino el fruto demasiado doloroso de una larga y lenta mutación", agrega: "creo poder decir sobre qué fundamentos se basa mi 'religiosidad' laica, porque mantengo firmemente que existen formas de religiosidad y, por lo tanto, de sentido de lo sagrado, del límite, de la interrogación y de la espera, de la comunión con algo que nos supera, incluso en la ausencia de la fe en una divinidad personal y providencial". Su larga y lenta mutación inició, como investigador en la semiótica, preguntándose sobre la existencia de "universales semánticos" o nociones elementales comunes a toda la especie humana, que pudieran expresarse en todas las lenguas. Al respecto dice:

Me convencí de que ciertamente existen nociones comunes a todas las culturas, y que todas ellas se refieren a la posición de nuestro cuerpo en el espacio. [...] se tiene concepciones universales (en la esfera del derecho) acerca de la constricción: no se desea que ninguno nos impida hablar, ver, escuchar, dormir[...] debemos respetar antes que nada los derechos de la corporalidad del otro, entre los cuales está el derecho de hablar y de pensar. Si nuestros semejantes hubieran respetado estos derechos del cuerpo, no habríamos llegado a la destrucción de los inocentes, de los cristianos en el circo, a la noche de san Bartolomé, a la hoguera para los herejes, a los campos de exterminio.

Cuando dice que el otro está en nosotros, aclara Eco, no se trata de una vaga propensión sentimental sino de una condición fundadora. Como también nos enseñan las más laicas entre las ciencias humanas, es el otro, su mirada, la que nos define y nos forma. [...] Incluso quien mata, viola, roba y oprime, lo hace en momentos excepcionales, pero el resto de la vida mendiga de sus semejantes la aprobación, el amor, el respeto, la alabanza.

¿Cómo, entonces, existen o han existido culturas que aprueban las matanzas? Eco dice que esto ha sucedido "simplemente porque restringen el concepto de 'otros' a la comunidad tribal –o a la etnia– y consideran a los 'bárbaros' como seres inhumanos [...] es que el reconocimiento del papel de los otros, la necesidad de respetar en ellos aquellas exigencias que consideramos irrenun-

ciables, es el producto de un crecimiento milenar-

rio".

¿La conciencia de la importancia del otro es, entonces, suficiente para un comportamiento ético?

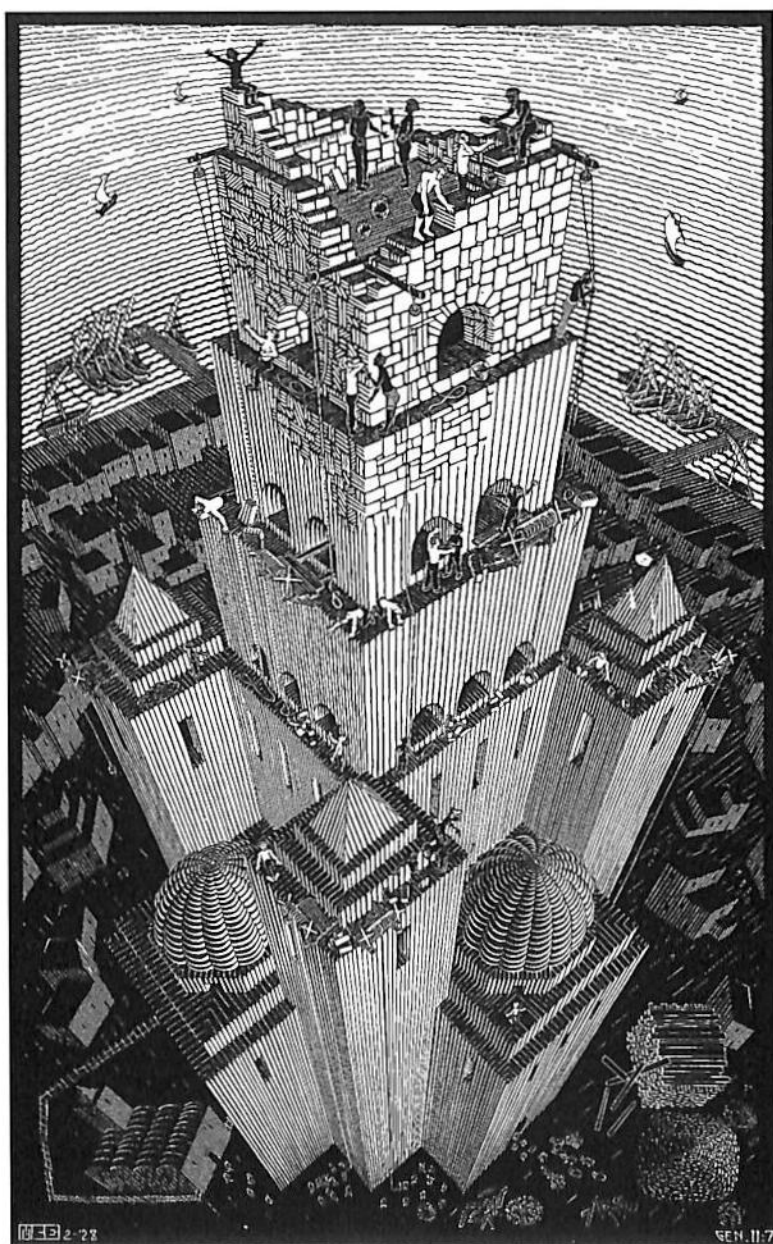
Bastaría que le respondiera –dice Eco– que también aquellos que usted define como fundamentos absolutos no impiden a muchos creyentes pecar sabiendo que pecan, y el discurso terminaría ahí. Pero el intelectual prosigue, me parece evidente que una persona que no ha tenido jamás una experiencia de la trascendencia, o la ha perdido, puede dar un sentido a la propia vida y a la propia muerte, puede sentirse confortado sólo por el amor a los otros y por el intento de garantizar a algún otro una vida vivible incluso después de que él haya desaparecido. [...] He tratado de basar los principios de una ética laica sobre un hecho natural (e incluso para usted, resultado de un proyecto divino), como nuestra corporalidad y la idea de saber instintivamente que tenemos un alma (o algo que la hace funcionar), sólo en virtud de la presencia del otro. Ahí aparece lo que he definido como ética laica, es en el fondo una ética natural, que ni siquiera el creyente desconoce.

El diálogo está próximo a su conclusión y las dos posturas quedan claras, pero falta el punto culminante con el que Eco termina:

Usted dice que, sin el ejemplo y la palabra de Cristo, toda ética laica carecería de una justificación de fondo que tuviera una fuerza de convicción ineludible. ¿Por qué quitar al laico el derecho de servirse del ejemplo del Cristo que perdona? Trate, Carlo Maria Martini, por el bien de la discusión y de la confrontación en la que cree, de aceptar también por un solo instante la hipótesis de que Dios no exista: que el hombre aparezca sobre la tierra por un error del torpe azar [...] Este hombre para encontrar el valor para esperar la muerte, se convertiría necesariamente en un animal religioso, y aspiraría a construir narraciones capaces de ofrecerle una explicación y un modelo, una imagen ejemplar. Y entre las muchas que lograra imaginar, algunas fulgurantes, algunas terribles, algunas patéticamente consoladoras, al alcanzar la plenitud de los tiempos, tiene en un cierto momento la fuerza religiosa, moral y poética, de concebir el modelo de Cristo, del amor universal, del perdón de los enemigos, de la vida ofrecida en holocausto para la salvación de los otros. Si fuera yo un viajero que proviniera de lejanas galaxias y me encon-

trase frente a una especie que ha sabido proponerse este modelo, admiraría subyugado tanta energía teogónica y redimiría a esta especie miserable e infame, que ha cometido tantos horrores, sólo por el hecho de que ha logrado desear y creer que todo eso sea la verdad.

Eco considera que, en lo fundamental, una ética natural puede encontrarse con los principios de una ética fundada en la fe en la trascendencia, pero esa fe se da en varias religiones; por eso termina diciendo que en los conflictos de fe deberán prevalecer la caridad y la prudencia. LC



M.C. ESCHER, *LA TORRE DE BABEL*, 1928.

Umberto Eco y Carlo Maria Martini, *¿En qué creen los que no creen?* [Traducción y prólogo de Esther Cohen], Taurus, México, 1998.